

ESPAÑA PINTORESCA.



VALLADOLID.

ARTICULO PRIMERO.

AL ver en la historia de los pasados tiempos la antigua magestad y la grandeza de la capital de la vieja Castilla, el esplendor de su corte, la piedad de sus reyes, y la galante bizarría de sus trovadores y caballeros, no puede menos el hombre observador de volver tristemente la vista hacia los restos míseros de ciudad tan célebre, y comparar aquella época feliz de su poder y de su gloria, con la oscura y abatida existencia que hoy arrastra.

Parece que es condicion inseparable de las cosas del mundo, el que la suerte, avara siempre de la humana desgracia, quiera como desquitarse mezquinamente del favor y los bienes que alguna vez dispensa. Vive escondida la aldea en el inculto valle, y pasan sobre ella años sin alterar su modesta faz, ni verla engrandecida con lisonja por el ciego impulso de la fortuna: viven los demás pueblos a la par en esa monotona medianía que los conserva, sin salir nunca del círculo reducido de sus facultades; y los reinos, y los imperios, y las ciudades populosas y enriquecidas, caen rápida y estrepitosamente desde su altura opulenta al abismo de su ruina y aniquilamiento. Así lloran estos monumentos sombríos en el silencio de su desgracia los halagüenos días de su vano poder, sin quedarles otro consuelo, otro halago, que la memoria escasa de los hombres cu-

AÑO VII.

riosos, que para ensalzar su valía, los visitan momentáneamente, y despues los abandonan.

La vista de Valladolid nos ha inspirado siempre profundas sensaciones. Las crónicas y las leyendas nos relataron desde nuestra niñez los sucesos y las aventuras mas notables de que fue teatro esta ciudad: y en la historia de Castilla la hemos siempre visto figurar con tantas pronunciadas fisonomías, con tan colosales formas, que cuando llegamos a mirarlo de cerca, cuando estampamos la huella en su polvo, cuando nos vemos en su recinto, la contemplamos con la respetuosa admiración, con el indefinible encanto que produce en nuestra mente los sueños quiméricos de una ilusion vana y cautivadora. ¿Y quén no recuerda con mágico entusiasmo, quén no repara con nacional orgullo las páginas gloriosas que conserva en su seno la antigua corte castellana? Al mirarla descollar sobre los verjeles del extenso valle, perfilar sus torres en el horizonte, y presentar al viajero su mole magestuosa envuelta entre los nebulosos celajes de diciembre, ó abrigada con los rayos abrasadores de julio, no puede menos el alma de rendirle el homenaje mas sincero de respeto y admiración.

Aunque consultemos las crónicas mas remotas, no sabremos con certeza la época en que Valladolid tuvo principio. Al querer fijar su origen los historiadores, y careciendo de datos para emitir una opinion fundada,

11 de setiembre de 1842.

Ayuntamiento de Madrid

no han hecho otra cosa que divagar profusamente, manifestando los diversos pareceres de su ingeniosa crítica. Unos han querido suponer que esta ciudad fué edificada por los Bacecos ó Voscós 714 años antes del nacimiento del Redentor, y otros han pretendido que un moro llamado Olid fue su primer fundador, por cuya razón al terreno donde está situada se le dió el nombre de *Valle de Olid*, que se adulteró posteriormente con el de Valladolid. No falta quien haya creído que la situación de esta ciudad en medio de los pueblos Arévacos, Carpetanos, Celerinos y Astures dió ocasión á que le llamaran en tiempos antiguos *campo de Lid*, por ser el sitio donde concurrían las gentes de aquellos á dirimir sus pleitos y diferencias. Estas noticias, á pesar de hallarse escritas con algun empeño por sus autores, deben considerarse solamente como unas razonables conjeturas, que no merecen mas asenso que aquel que damos á los sucesos que se hallan en la esfera de lo posible; pero esta misma oscuridad de la fundación de Valladolid es uno de los tientos que mas pueden envanece-
cerla.

Sin necesidad, empero, de buscar en la incertidumbre de aquellos siglos el origen respetable de esta distinguida ciudad, la historia nos dice que D. Ordoño II la conquistó por primera vez en el año 920, y últimamente la ganó en reñida pelea D. Alfonso VI en 1084; que el conde de Castilla D. Pedro Ansures en 1102, era señor de ella, y terminó la reedificación de sus muros que el conde D. Rodrigo Gonzales Giron había de orden del rey principiado, y que el testimonio mas seguro de esto es el haber tomado por armas la ciudad tres girones en escudo pajizo y campo sangriento, y en el timbre una corona con ocho castillos ademas.

No es de nuestro propósito el hacer un relato prolijo de los privilegios honrosos y antecedentes históricos de Valladolid, y así baste decir que fue instituida su iglesia colegial por el referido conde D. Pedro Ansures en 1118; que en 1442 ya residía en esta capital la real chancillería; que los concilios y cortes mas notables se habían celebrado ya en su seno por aquella época; que su universidad establecida en 1516, fue una de las mejores de España, y que su catedral famosa, tan rica en primores artísticos como lucida en la pompa solemne del religioso culto, fue erigida el año 1595, por el papa Clemente VIII, y á instancias del monarca Felipe II.

La relación de los variados acontecimientos de que Valladolid fuera testigo en las épocas de su prosperidad y fortuna deleitarán el ánimo de cuantos con anhelo estudioso buscan en la historia los hechos mas ignorados ó encubiertos de los otros siglos. El cuadro de estos sucesos, la fisonomía de aquellos tiempos de guerrera hidalguía y de galante caballería, el espectáculo de sus marciales torneos y bulliciosos festines, y hasta la perspectiva fúnebre del enlutado cadalso, como término infuasto del poder y de la ambición del condestable Don Alvaro, se retratan de tal manera en el espíritu al recorrer el antiguo recinto de aquella ciudad, que se va pasando de unas impresiones en otras hasta confesar por convencimiento el mas íntimo que Valladolid conserva un no sé qué de grande y esplendoroso en medio de su abalimamiento, y tiene un sabor de corte tan delicado é insinuante que no puede dejar de percibirlos el que visite con detenido estudio y filosófica mirada los restos de su tradicional opulencia. Su *campo grande* es el gran foro donde en otras épocas lucieron las justas de los caballeros y las proclamaciones de los principes: los conventos que rodean este anchuroso espacio son los monumentos sagra-

dos erigidos por la piedad religiosa en mas cercanos dias; su palacio real el desfigurado trasunto de un reinado próspero y afortunado; su catedral la obra mutilada que en un tiempo pensó su artífice que fuese (1) *un todo sin igual*, sus colegios y monasterios los caracteres indelebles del vínculo fraternal que estrechára la religión y las ciencias; y sus calles oscuras y torcidas el encubierto y delicioso abrigo de los galantes amores. Así Valladolid, ese pueblo enteramente de recuerdos, se presenta mágico y fascinador á nuestros ojos con la magnificencia artística de sus templos desmantelados, sus plazas vistosas, sus callejones solitarios, sus pardas celosías y las alamedas y vergeles que embellecen las márgenes del Pisuerga.

JUAN GUILLÉN BUZARÁN.

TRADICIONES ARAGONESAS.

LA CAMPANA DE VELILLA.

(Conclusion. Véase el número anterior.)

QUEDE sentado, pues, lo que en dichos autores se sienta, esto es, que la tal campana se toca por sí sola, y que su sonido cuando lo hace es muy diferente del que tiene cuando otro la tañe, infundiéndole como infunde tristeza, veneración, pavor, y qué sé yo cuantas cosas mas: llegando alguna vez al estremo de erizarse los cabellos de espanto á los que han tenido la audacia de oírla. El modo mas comun que tiene de tañerse es en cruz, y esto solo bastaria para probar, aun cuando no existiesen en ella las sagradas imágenes de que hablamos arriba, que no puede ser el demonio quien mueva su lengua. Los golpes que esta dá suelen ser al Oriente, al Poniente, al Septentrion y al Mediodía, señalando así los cuatro puntos cardinales del mundo, y describiendo la cruz mencionada. También se la ha visto hacer un círculo por dentro de la concavidad de la campana, verificándolo á veces despacio, y á veces con un movimiento tan acelerado, que no sería posible en mano humana hacerla girar tan aprisa. A la parte donde dá los golpes, allí es donde señala el daño, calamidad ó desgracia que ha de suceder, sin que esto quite que alguna que otra vez, como ya lo tenemos dicho, anuncie sucesos favorables. La campana no tiene dias señalados entre los de la semana para tañerse; quiero decir, que no es precisamente en martes ó en viernes cuando lo verifica, dias nefastos, segun algunos, sino que lo hace indistintamente en cualquiera de ellos, sin distinción de domingos ó lunes. Tampoco parece tener predilección por la noche para realizar sus avisos, sino que la mayor parte de las veces lo ha hecho á las claras y á la patente luz del dia; prueba indubitable de que en ello no puede haber ilusión ni superchería de ninguna especie. La lengua, que no tiene nada de particular en lo material de su es-

(1) Juan de Herrera fué el que proyectó esta obra, y le leida que tuvo aquella idea.

tractura, ha ofrecido sin embargo el maravilloso fenómeno de crecer sensiblemente á la vista de los espectadores, como así lo testifica Bernat del Piu, notario real y vecino de Velilla, el cual refiere que en 1527, hallándose él con otros sugetos, cuyos nombres espresa, en el campanario de S. Nicolás, le pareció á él, y les pareció también á todos, que la lengua se alargaba mas de cinco dedos de su longitud. El mismo prodigio se repitió posteriormente en 1561, creciendo la lengua mas de lo que era una mano, y volviendo despues á su estado normal. Ordinariamente sucede que la campana se estremece al tiempo que se quiere tañer, y otras veces tiembla sin llegar á tañerse. Ultimamente, y para concluir la reseña de todas las circunstancias que hacen al caso, sugetos ha habido que en alguna ocasion se han empeñado en detener la lengua cuando describía su círculo, ó cuando daba los golpes, y no les ha sido posible; siendo muy notable también lo que en 1568 le sucedió á Domingo Vielsa, tío del ya citado Abad de Monte-Aragon y familiar del Santo Oficio: el cual Domingo habiéndose llegado con gran reverencia á la campana con el objeto de adorarla, le sucedió esta tan recio golpe al acercar el rostro, que dió con él en tierra, dejándole desmayado y sin sentido, de que resultó tener una cuartana que le duró todo un año.

En cuanto á las memorias que existen de las distintas ocasiones en que la campana se ha tañido, la mas antigua es puramente tradicional, y se refiere á los tiempos del rey D. Rodrigo, en cuya época vaticinó la pérdida de España, poco antes de 711. Hubo despues un intervalo de 721 años, durante el cual estuvo muda, ó á lo menos no se sabe que se tocara, hasta que en 4 de agosto de 1135 rompió su silencio para vaticinar la prision de los reyes D. Alonso V de Aragon y Don Juan II de Navarra, en union con la del infante Don Enrique, hermano de los dos, verificada el 6 del mismo mes en la batalla con los genoveses. Las ocasiones en que se tañó posteriormente fueron: en 5 de enero y 30 de octubre de 1436; en 1485 con la circunstancia de haberlo verificado tres dias enteros; en 1492 y 1516, de cuyos años no se hace mencion en la informacion suministrada al padre Feijóo por la Excm. condesa de Atarés, y que se halla inserta en el apéndice al discurso 16 del Teatro crítico, tomo 5.º; en 20 de marzo de 1527, y en los años 1539 y 1558; en 2 de noviembre de 1561; en 1568 y 78, y tambien en 1579, aunque no falta autor que contradice este último caso; en 31 de agosto y 10 de noviembre de 1580; en 6, 8 y 9 de marzo de 1582, y en el inmediato 83; en 13 de junio de 1601, en que hubo nada menos que cuatro mil personas presenciando el hecho, dado que algunos reducen el número á cuatrocientos; en 27 y 28 de agosto y en 24 de octubre de 1625; en 15 de marzo de 1628; en 16 del mismo mes de 1629; en 29 de abril de 1646; en 20 de febrero de 1652, y en el sábado siguiente diez y siete veces, de cuyos casos tampoco hace mencion Feijóo; en 21 de febrero de 1657, aunque no la campana del Milagro, sino su compañera, cuyo acontecimiento tambien se pasa en silencio en la informacion mencionada, lo mismo que el de la campana milagrosa en 30 de mayo del mismo año; y últimamente en 28 de marzo de 1667, que es hasta donde llega la informacion referida, si bien no faltan dichos de tañimientos posteriores en el siglo XVIII y aun en el XIX.

Los sucesos pronosticados por la campana en los años arriba espresados pueden verse en la informacion referida, en el discurso sobre la campana de Velilla

por el doctor D. Juan de Quiñones, en la Cronología sacra del padre Camargo, en los anales del abad de Monte Aragon D. Martin Carrillo, y en otros autores mencionados por estos. Pero en materia de predicciones, nada hay comparable al nunca bien ponderado discurso de Diego de Salinas y Herasso acerca de las campanadas de 1601, anuncio, segun las gentes de aquel tiempo, de un nuevo levantamiento por parte de los moriscos. Creemos que no podemos dar mejor conclusion á este artículo, que coronándolo con el cálculo cabalístico del señor oidor de la cámara de cuentas de Navarra, aun cuando solo sea por la consideracion de lo raro que debe de haberse hecho su discurso para la generalidad de los lectores. El cálculo está formado sobre la tabla ó posicion de los títulos de nuestros reyes; por el orden numérico que aquellos guardan entre sí, y Salinas lo presentó al rey Felipe III en los términos siguientes.

1			
<i>Don Felipe por la gracia de D'os, Rey de Castilla,</i>			
2	3	4	
<i>de Leon, de Aragon, de las dos Sicilias de Jerusalem,</i>			
5	6	7	8
<i>de Portugal, de Navarra, de Granada, de Toledo, de</i>			
9	10	11	12
<i>Valencia, de Galicia, de Mallorca, de Sevilla, de Cerdeña,</i>			
14	15	16	17
<i>de Córdoba, de Córcega, de Murcia, de Jaen, de los</i>			
18	19	20	
<i>Algarbes, de Algeciras, de Gibraltar, de las Islas de</i>			
21	22	23	
<i>Canaria, de las Indias Orientales, y Occidentales, Islas</i>			
	24	25	
<i>y tierra firme del mar Oceano, Archiduque de Austria,</i>			
	26	27	28
<i>Duque de Borgoña, de Brabante, de Milan, Conde de</i>			
29	30	31	
<i>Aspurg, de Flandes, de Tirol.</i>			

La numeracion como se vé, no es muy exacta que digamos, puesto que de las dos Sicilias y de Jerusalem se hace un solo pais; pero como quiera que así le conviniese á Salinas para poder constituirse en intérprete de la campana de Velilla, tiene buen cuidado de advertir al rey que así corresponde en regla, dando por razon, que los monarcas españoles en tanto tienen derecho á la conquista de Jerusalem, en cuanto son reyes de Nápoles y Sicilia; por consiguiente, las dos Sicilias y Jerusalem deben ser comprendidas en un solo número.

Esto supuesto, es de saber que la campana de Velilla se tañó el dia 13 de junio de 1601 de un modo desaforado, y cual nunca se habia oido, pudiendo verse la descripcion circunstanciada de sus toques en el testimonio exhibido por el notario Bartolomé Gonzalo, igualmente presentado al rey, y cuya copia inserta Salinas al fin del citado discurso. La campana, pues, dió tres golpes, como para llamar la atencion de las gentes, y dar lugar á que el vecindario presenciase el prodigio: volvió á tañerse despues dando siete golpes entre Mediodia y Poniente, á los cuales siguieron nueve golpes mas, y despues doce, y despues quince, y despues treinta: luego comenzó la lengua á andar á la redonda, empezando por la parte de Oriente, y otra vez dió mayores golpes: otra vez dió siete golpes entre Mediodia y Poniente, y volvió á girar á la redonda, á lo cual siguieron otros siete golpes; y vuelta á la redonda otra vez, dando algunos golpes al Septentrion; y torna á

dar cuatro golpes; y vuelta á girar tañendo y señalando en muchas partes de la campana, hasta que tañendo se paró. Omitimos lo demas que en el testimonio se dice, bastando estas solas circunstancias para venir en conocimiento de las consecuencias que saca Salinas con arreglo á su tabla. La campana entonces predijo indudablemente un levantamiento general de moriscos: ¿Quién duda, pues, que los tres primeros golpes señalan á Aragón, los siete á Granada, los nueve á Valencia, etc. como sitios donde debía esperarse y temerse mayor alzamiento? ¿Quién duda que los siete golpes tres veces repetidos pueden tener dos significaciones distintas, señalando la una tres armadas de moros por la parte de Granada, y significando la otra un triple aviso que la campana da al rey, encargándole una, dos y tres veces el especial cuidado con que debe atajar la futura rebelion de los moriscos granadinos? y lo demas de tañerse al rededor, golpeando ya en unas ya en otras partes, ¿qué significa, sino confusion y revolucion etc, etc.? Salinas en su consecuencia, procede como es natural á aconsejar al monarca las providencias que deben tomarse contra los perros moriscos, quienes, segun dictámenes de doctas y graves personas de aquellos tiempos, podrian ser pasados á cuchillo, sin ningun escrúpulo de conciencia por parte del rey; y hechas las prevenciones que le han parecido oportunas, le manifiesta la obligacion en que está de proveer á la conservacion de sus reinos por todos los medios que apunta. Felipe

mandó esparcir copias del discurso y del cálculo, como en efecto se esparcieron, entre los consejeros de Estado y otros personages de la corte de Madrid; y como quiera que Salinas y Herasso creyese haber hecho un eminente servicio al monarca con la esplicacion de los toques de la campana, pidióle posteriormente los premios y servicios que de justicia se le debian, y que el rey estaba obligado á darle, como él mismo dice. ¿Qué tal el señor oidor? y lo mas extraño es que la inquisicion dejase pasar como desapercibido el cálculo cabalístico, cuando tan rigurosa se mostraba en cosas de menos entidad.

Ocho años despues decretó Felipe III la memorable medida relativa á los moriscos, habiendo salido mas de novecientos mil de ellos para las arenas de Africa en los cuatro años que duró la espulsion. ¿Habrá ejercido alguna influencia en aquel acontecimiento la célebre campana de Velilla? ¿Se habrá tocado alguna vez de *orden superior*, obediendo á algun designio político particular? Cualesquiera que sean los fundamentos que nosotros podamos tener para sospecharlo, no se nos negará por lo menos que tenemos tanto derecho á contar ese nuevo motivo entre las causas de sus toques, como otros lo han tenido para atribuirlos al ansalmo del verso sibilitico, á la influencia ejercida por los astros, al misterioso poder de los hechizeros, ó á la malhadada moneda de Judas.

MIGUEL AGUSTIN PRÍNCIPE.

BIOGRAFIA ESPAÑOLA.



GARCILASO DE LA VEGA.

GARCILASO DE LA VEGA nació en Toledo, segun el cálculo mas aproximado en 1503, siendo fruto del matrimonio de otro Garcilaso, consejero de estado de los re-

yes católicos, su embajador en la corte de Roma, gran comendador de Leon, y de Doña Sancha de Guzman, de la ilustre familia de los Guzmanes. El apellido de *la Ve-*

ga fue dado á su padre por D. Fernando V, en memoria de un combate que sostuvo contra un moro de los mas valientes de la vega de Granada, combate célebre en nuestros romances é historias de aquel tiempo.

Garcilaso habia nacido para la vida campestre y solitaria como se juzga por sus poesías que no respiran mas que amor y paz, y que manifiestan la estrema dulzura de su carácter; pero llamándole su nacimiento al servicio de las armas, pasó su vida en los campos, y su carrera fue brillante y tumultuosa. Militó bajo las banderas de Carlos V, á quien siguió á la guerra del Milanesado en 1531, y á pesar de sus pocos años, se distinguió por su valor en la batalla de Pavía. En 1523 sirvió en el cuerpo español que en union con el imperial tanto se distinguió contra los turcos. Su valor y sus talentos militares le atraieron el favor del emperador, quien le recompensó con la cruz de la orden de Santiago; pero una aventura amorosa le hizo decaer de su gracia. Enamoróse un primo suyo de cierta dama de la corte; y como Garcilaso favoreciese su pasión por cuantos medios estaban á su alcance, y llegase esto á noticias del emperador, fue desterrado su primo, y relegado Garcilaso á una de las islas del Danubio. Allí fue donde compuso aquella cancion donde á la par que deplora su desgracia, celebra los encantos de la comarca que riega el divino río

«Danubio, río divino.»

En 1535 fue de la expedición de Carlos V contra Tunez, y de allí pasó á Nápoles y á Sicilia, donde se entregó á su ocupacion favorita, la poesia, trazando en su imaginacion una Arcadia romancesca, mas sin dejar por eso de ser buen soldado. En 1536 siguió el ejército imperial á Francia teniendo á sus órdenes treinta compañías de tropas españolas. Esta campaña fue la última de Garcilaso, y en la funesta retirada de Marsella encontró una muerte digna de su valor. Habiéndose acogido varios paisanos franceses á una torre, é inquietando desde allí al ejército imperial en su retirada, el emperador mandó á Garcilaso tomar esta torre por asalto; lo que ejecutó con menos prudencia que valor, pues siendo el primero en asaltar, fue derribado de una pedrada que le hirió en la cabeza mortalmente. Retirado del campo, y llevado á Nizza, murió á los 24 dias en noviembre de 1536, á la edad de 35 años. Las armas y las letras lloraron sinceramente su pérdida, y el emperador se conmovió de manera que, tomado el fuerte, mandó ahorcar á 28 de los 50 paisanos que componian la guarnicion. Garcilaso se casó á los 25 años con una señora aragonesa, Doña Elena de Zúñiga, de quien tuvo un hijo que terminó su vida de la misma manera que su padre, en 1569 á la flor de su edad en un combate contra los holandeses.

Si la vida militar de Garcilaso no carece de gloria, él debe principalmente su reputacion y su inmortalidad á su mérito literario. Garcilaso de la Vega es el poeta de la sensibilidad por antonomasia, y el creador entre nosotros de los dos géneros mas perfectos de la poesia, el lírico y el pastoral. Los cimientos de la poesia estaban ya zanjados con solidez en su tiempo, así fue que Garcilaso no tuvo mas que poner la brillante cúpula del edificio, añadiendo á lo vasto de las miras de la arquitectura arábiga, las elegantes formas del orden corintio, sin declinar en la viciosa molición jónica. Todos los escritores tanto naturales como extranjeros, le atribuyen el dictado de Principe de los poetas castellanos de su siglo, que la posteridad, único y supremo juez irrecusable en las materias sujetas á la jurisdiccion de los sentidos, ha confirmado sin contradiccion. No es menester dejarse llevar

á impulsos de una crítica parcial para sentar, como verdad incontestable, que mientras subsista el gusto de la pureza de la lengua, de la amenidad y soltura de la dicción, del talento delicado de imitar, sus obras deberán ser espuestas por modelo por cuantos intenten escribir versos españoles á la española, y aspiren á merecer las alabanzas de los inteligentes.

Si la muerte hubiera respetado por mas tiempo la preciosa vida de este inspirado vate, empleada en el ejercicio de las armas; si el golpe prematuro de la guadaña no hubiera cortado en flor un árbol tan frondoso que prometia para la estacion de la madurez frutos de superior escelencia: ¿quién le negaria el honor de disputar la palma, con fundados motivos para obtenerla, á los ingenios mas felices del orbe civilizado, favorecidos entonces por todos los accidentes de la casualidad y de la fortuna? Gloríese en buena hora la Italia de haber producido en el Petrarca el modelo de los poetas de todos los pueblos que sabian algo en aquellos tiempos vecinos á la noche comun; que la España se contenta con ver en Garcilaso un hábil maestro que sabe trasladar con sagaz crítica las bellezas de su predecesor Boscan, relevadas con los atavíos de un lenguaje purísimo y de una imaginacion, que aumenta de su propio fondo nuevas creaciones. Necesario es tener los oídos impenetrables á las dulzuras de la armonía, para no conocer los progresos que le debe la lengua de Berceo y de los trovadores, medio cultivada por Boscan, y elevada por el poeta toledano á tan alto grado de magestad y perfeccion. El verso endecasílabo, á pesar de su belleza intrínseca no hubiera podido sobrenadar á las mordaces críticas del agudo Castillejo y sus sectarios, si los suaves acentos del sonoro cisne del Tajó no hubiesen impuesto estérno silencio á los enemigos de la nueva poesia; porque sabido es que los cambios en el buen gusto no deben por lo regular su origen á la conviccion de la mente, sino á un oculto sentimiento de lo bueno que se despliega en la aparicion de las obras bien escritas. Una novela graciosamente concebida, llevada con suino talento hasta el fin, y respirando por todas partes el singular ingenio de su autor, hizo desaparecer en España la caterva estravagante de los monstruosos libros de caballeria, y produjo una revolucion en las ideas que de otro modo hubiera sido inasequible. No hizo tanto Garcilaso; pero con sus versos sostuvo y acreditó la introduccion de Boscan de tal suerte, que solo su primera égloga bastaba para hacer olvidar los rudos libros de sus antecesores.

El poeta de las selvas se muestra aquí adornado de todas las dotes del genio, y sus versos destilando la dulce miel *Hibla*, colocan la contienda de *Salicio* y *Nemoroso* sobre todas las producciones españolas de este género, y á la par de las mejores que produjo la Italia glorias literarias. Examinadas estas y aquella al crisol en el dichoso siglo de sus de las reglas de la poética, en vano se busca en la égloga maestra del bucólico español la refinada sutileza de los conceptos, las arengas retóricas, la cortesania de las costumbres, y el estudio alambicado de las frases, vicios capitales que desnaturalizan los idilios de Bonarelli, las escenas campestres de Marini, y los dramas pastorales de Guarini y del Tasso.

La poesia pastoral es una imitacion de la edad conocida con el nombre de dorada, cuando en la juventud del mundo los inocentes afanes de la vida rústica, la guarda de sus ovejas, y el magnífico espectáculo de la naturaleza visible, suministraban á los mejores de los hombres la primera y mas abundante materia para sus

cantos. No fueron hazañas sanguinarias de conquistadores, ni ciudades asoladas, ni el gobierno de pueblos que todavía no existían lo que escitó su númen en aquellos dichosos momentos, sino la flor que nacia llena de maravillas, los beneficios alternados de las estaciones, el trino de las canoras aves, la caída de un torrente, la ilusión de un dulce sueño, y mas que todo el sol que derramando su luz vivificaba con su presencia todos los seres de la tierra, y la noche que con su opaco velo la sepultaba en un plácido letargo, que sirviendo de tregua á las fatigas del día, era al mismo tiempo el horrendo simulacro de la privación de la existencia.

Con el transcurso de los tiempos y con la progresiva fluctuación de las ideas, á las imágenes sencillas del campo siguieron las mas nobles de la ciudad, y á la poesía pastoral la de los héroes de las familias; pero esta novedad en las costumbres no fue bastante á borrar en el ánimo de los hombres los gratos recuerdos de la venturosa vida patriarcal, en que nació la feliz institucion de los versos. Acomodándose, empero, á las inflexiones que exigía el cambio de la organización civil, de literal y casi puramente descriptiva que habia sido en otro tiempo, pasó á ser alegórica y representativa. Bajo este carácter se nos presentan ya las églogas de los sicilianos y todas las de Virgilio, y á su imitación algunas de la literatura moderna, á cuyo género pertenece igualmente la de nuestro Garcilaso, que descuella como un astro de primera magnitud entre los demás.

Una lucha entre dos pastores que disputan por turno el precio de la desgracia llorando el uno la infidelidad

«Por ti el silencio de la selva umbrosa»

y el otro la muerte de su pastora

«Como al partir del sol la sombra calle»

es el argumento de esta composicion en que respira por todas sus estancias la sencillez y naturalidad del campo, con un estilo casi siempre poético, con la frescura de un colorido semejante á las primeras horas de la mañana, y con la atinada eleccion de comparaciones oportunas. «Hay en el primer pastor, dice Mr. Sismondi (*Literatura del mediodía de la Europa*) una molición de delicadeza; en el segundo una profundidad de dolor, en ambos una pureza de sentimiento pastoral que afectan tanto mas si se considera que el escritor era un guerrero: destinado á perecer pocos meses despues en los combates.» Y Buterwek en su *Historia de la literatura española*, dice que aquel parage que principia:

«Una parte guardé de sus cabellos»

no tiene modelo de los antiguos ni modernos. De igual carácter las demás églogas no carecen de belleza; pero menos frecuentes en ellas los rasgos sentimentales, demasiado prolijos y las mas veces inferiores en las calidades poéticas, no llegan á formar un todo que pueda compararse con

«El dulce lamentar de dos pastores»

Ni aparece menos digno de encomio en la lírica sublime, cuyas formas determinó en su canción esótica *A la flor de Guido*.

Recalentado al fuego que hiciera exalar sentidas querellas al cisne del Ofanto, supo cantar en bien combinadas estrofas la metamorfosis de la tarde arrepentida Anaxarte transformada en dero mármol por castigo de su fría esquivéz, como ejemplar tremendo de los pechos desamorados, amenazando desvío semejante con la ira de Nemesis vengadora. Entre sus preciosos sonetos merecen particular mención aquellos dos que principian

«O dulces prendas por mi mal halladas»

«Si quejas y lamentos pueden tanto»

por la dulce melancolía que imprimen en el corazón, y por la delicadeza de sus conceptos; y todos ellos que escuden del número detreinta, así como sus epístolas y elegías llevan la marca de su fino gusto, de la sensibilidad exquisita de su corazón y de sus reflexivas meditaciones sobre los buenos ejemplares de los antiguos. En la elegía primera al duque de Alba, la pintura de los afectos y la ternura de las expresiones están acompañadas de todo lo que puede desear la moral cristiana. Si no sofocar el justo sentimiento que reclamau las caras cenizas de un hermanopérdido en la flor de su edad, sabe poner límites al dolor condenando el exceso, ya con la solidez convincente de las razones, ya con la fuerza persuasiva de los ejemplos. La epístola á Boscan es un retrato fiel de un amigo verdadero que conoce todo el precio y todas las ventajas de la dulce unión y del ingenuo trato de la amistad. Quisiéramos hallar un fondo igual de filosofía en todas sus composiciones; pero ya que no sea posible por haber dedicado su númen á un objeto del todo diferente, al menos podemos lisonjearnos de que sus versos no despiden un calor pernicioso, y por lo comun son menos turbulentos que los de Boscan.

JOSÉ VICENTE Y CARABANTES.

CRITICA LITERARIA.

POESIAS JOCOSAS Y SATIRICAS

DE

DON JUAN MARTINEZ VILLEGAS (1).

La época actual es una época de contradicción, de incertidumbre y de antítesis. En ninguna de las anteriores se han hallado las costumbres en tan abierta contradicción con las doctrinas; en ninguna se vió tanto prosaismo en las acciones, tanta poesía en los libros.

(1) Un tomo en 8.º, librería de Rios, calle de Carretas.

Llueven á cántaros raudales de poética inspiración sobre una sociedad toda mármol, toda metal, toda números; los vates se producen á millares, en este campo desmantelado, inculto, arenisco, pedregoso y estéril de nuestra sociedad; abandonados á su propio impulso, nacen, crecen, y mueren desapercibidos, como la palma perdida en medio del desierto, como en el fondo del bosque ignorado manantial.

En medio de este público desden; delante de esta sociedad vacía de entusiasmo, ellos no por eso desaparecen, antes bien se reproducen maravillosamente, se miran y reflejan unos en otros, se entusiasman con su propia contemplación, y á falta de objeto que les inspire en este mundo material y de cal y canto, se inspiran con la *nada*, se abisman en el *no ser*, ó se evaporan en la región de lo infinito.

Las poesías de que hoy nos toca tratar, y que acaban de ver la luz pública, no pertenecen por cierto á este género espasmódico. — Su autor, que como todo joven poeta de veinte y cuatro años, debía estar ya cansado de la vida, desencantado de las ilusiones, vacío y hueco de esperanzas, disecado entre amarguras, gasificado en dudas y pretensiones, aparece por el contrario festivo y burlon, riéndose ¡pero con qué risa! de todo lo que se le pone delante; remontándose solo á ilusiones tangibles y aun manducables; materializando todas las ideas, y encarnándolas á veces hasta con la fé de bautismo de los que las tienen; tratando al amor con cierto aire de campaña, y no viendo en la mujer un esqueleto carcomido, ni una víctima adornada para el sacrificio, sino una cosa buena que se vende, que se come, y que sabe bien.

También la echa á veces nuestro poeta de genio no comprendido, y la emprende con la sociedad, ó lo que él mira en ella á su manera un si es no es brusca y revoltosa. Ministros y magnates, maridos, madres, cesantes y postulantes, yentes y vinientes, príncipes y princesas, todo es blanco de sus dardos certeros, y es preciso confesar que, salva la intención, maneja con gracia la banderilla.

Por fortuna hemos llegado á un tiempo en que nada es capaz de causar susto, y aun para llamar un poco la atención es preciso echar, como quien dice, las campanas a vuelo. La moda del apólogo y de las églogas pastoriles pasó para mucho tiempo. Sin necesidad de vestir su pensamiento con la piel del león ó con la zamorra de Salicio, puede el poeta y el que no lo es, decirle una claridad al lucero del alba, y si es una atrocidad, mejor. Pero es preciso, ante todas cosas, tener razón para decirlo en verso y en prosa, y el autor de la colección de que tratamos nos perdonará que no se la demos en varios de sus epigramas, ó sean puyazos, dirigidos contra grandes reputaciones pasadas y contra apreciables escritores contemporáneos. Pase por natural tendencia de poeta satírico, los que según confesión de uno de ellos

por lucir un concepto
deshonran á una mujer;

y dejemos de mirar estos (á nuestro modo de ver) estravíos, para ocuparnos en los muchos recursos de invención y de chiste que despliega en todo su libro el Sr. Villergas.

No seremos nosotros los que contribuyamos á que se malogren en este joven las buenas esperanzas que acredita, comparándole de buenas á primeras con el príncipe de nuestros poetas satíricos, el inmortal Quevedo, ó con el moderno Iglesias. — Nada menos que eso. A nuestro

modo de ver dista aun bastante de la corrección, del gusto delicado y espontánea originalidad del último, y sería imperceptible ante la colosal figura de Quevedo. Pero esto no quita para que creamos en él, mucho mejor que en multitud de poetas de la presente cosecha, y que descubramos en su libro (aun descartando la mitad de él) mas movimiento propio, mas independencia, mas medios que en otras reputaciones de cuantía.

Este joven no se ha encerrado sin duda en su cuarto, no se ha entusiasmado con las lecturas de otros, y no ha dicho, — «Voy á ser poeta; mañana voy á empezar:» — Mucho nos engañaremos en el juicio que formamos de la lectura de su libro, pero Villergas empezó á pensar en verso antes de saber qué cosa era poesía, y únicamente cuando oyó decirlo á los demás advirtió que era poeta.

Déjase inferir de esta cualidad primordial cierto descuido en la expresión, alguna redundancia en las imágenes, y poca economía en los medios de efecto; pero todas estas circunstancias son de las que corrige el estudio y el arte, y muy preferibles al afectado amaneramiento y compaseo de los genios fabricados *ex profeso*.

Solo en haberse salido del sendero seguido por los demás ha dado ya Villergas un paso propio é independiente, que le distingue. Dejándoles en plena posesión de sus almenas góticas, de sus espectros ambulantes, de sus capillas misteriosas, de sus puñales y venenos, ha cogido el tirso á la Locura, ha pedido á Baco un par de tragos, y se ha puesto á cantar por un diapasón capaz de alegrar al cementerio de los demás. Esto ya es algo, y para los tiempos que corren, un libro que hace reír es un bálsamo de Malats, que merece privilegio de invención.

Largo sería el intentar analizar una por una las muchas composiciones que comprende el libro en cuestión: nuestros lectores conocen ya algunas por haberlas publicado su autor en nuestro *Semanario*: —basta para acabar de despertar su curiosidad citar algunas muestras, remitiéndoles por lo demás á la lectura del libro.

M.

EPIGRAMAS.

Una viuda y un cesante
fueron por la bula juntos:
no hizo mas el despachante
que mirarlos al semblante
y se la dió de difuntos.

Aquí disfrutan sosiego
un cursante en cirugía
y un veterinario lego:
uno erraba á sangre fría
y el otro á frío y á fuego.

Viendo sembrar á José
pregunté, «¿qué es lo que se echa?»
«Cuernos,» dijo; y le dejé,
diciendo: «Me alegraré
tenga Usted buena cosecha.»

«¿Y mi ración de tocino?»
clamó un granadero atroz;
y su sargento ladino
dijo: «¡Ahí está, gran endino,
tras ese grano de arroz.»

Un día, y no por cierto muy remoto,
en un congreso con afán urgente
tratóse de elegir un presidente
sin intriga, sin riña ni alboroto;
Yo, que allí estaba, atisbo, y ando, y troto;
cuento, gracias á ser tan diligente
con la unanimidad de aquella gente:
¿Y qué vine á sacar? Un solo voto.
«Ese veto, me dijo un gran jumento,
fue el mío» y lo juró por el bautismo,
y otro tanto escuché de mas de ciento:
Pero aunque me lo tachen de egoísmo,
quiero decir para acabar el cuento
que había yo votado por mí mismo.

Son igualmente notables por el chiste de las imágenes, y por la facilidad de la espresion los romances titulados *Mi profesión de fé*, *Mi torpeza*, y la historia de *Pericon*; la canción de la *Rabanera*, las quintillas *Al pensamiento*, y la *Descripción de Jauja*. Entre los que se distinguen por el mérito de la imitación Quevedil, nos parece notable el siguiente:

ROMANCE.

Reñida está Marcelina
Con su estado virginal,
Que todas le tienen asco
A los treinta años de edad.

Y aunque virginal la llame,
No la pondré en el altar,
Diré que vive soltera,
Sabe Cristo lo demás.

Ni es toda la vida infancia
Ni toda infancia cabal,
Escarchas hay en verano
Y en invierno tempestad.

Y no es boton toda rosa,
Ni nueces todo nogal,
Ni toda la harina flor,
Ni todo racimo agraz.

Y así del estado honesto
La Marcelina quizá
Puede no ser, aunque tenga
Prerrogativas de tal.

Quiere á Blás, el haratero
De la turba montaráz
Que en el matadero ensaya
Los modos de destripar.

Aquel malcarado terne
Que ha sido ya capataz
De la cuadrilla del chirlo
Tres veces en un canal.

Y tal pregona su casta
El solapado truan,
Que la buena Marcelina
Quiere con él encastar.

Que sea Blás todo un hombre
Nadie le disputará.
Y dice, si ella lo duda,
Que lo puede acreditar.

Marcelina le responde
Que está convencida ya,
Y así le pide de esposo
Un juramento formal.

El maton que tantas almas
Envió á la eternidad,
Sembrando en Despeñaperros
El espanto universal:

El que tanto y tanto grillo
Arrastró con vanidad,
Y rompió tanto azadon
Camino de Gibraltar:

El que por sus fechorias,
Con brusca serenidad,
Sobre la desnuda espalda
Llevó seiscientos y mas:

El que tuvo tantas veces
Señales de cardenal,
Y ha merecido en capilla
Honores de capellán;

No se atreve á recibir
La carga matrimonial,
Y su antepasada culpa
Disculpa con humildad.

Marcelina presumiendo
Que su tirano galán
Huye la nupcial coyunda
Por linage desigual;

¿Qué piensas, esgalichao?
Le dice con sequedad,
El señálo mil veces
De mano de Satanás;

El de la geta cosía
Con mas costuras que un frá,
Y en el gañote mas sellos
Que tiene su Magestad;

¿Qué piensas, por que de día
Para procurarme el pan
Me ves con los Aflijidos
Ejercer la caridad?

¿Y qué, porque anocheciendo
Me ves cruzar y cruzar
De la calle de Carretas
Hasta la de Fuencarral?

¿Y qué de verme á la reja
Como esperando el maná
A los que me hablan oír,
Y á los que callan guñar?

Te piensas que no soy fruto
De gente de caliá?
Te figuras que soy bástago
De mala planta quizás?

Pues sánete que es mi padre
Lacayo de casa real,
Cuyo hermano anda barriendo
Las calles de la ciudad.

Mi madre es hija legítima
Del porquero de Alcalá;
Tiene en Melilla un sobrino,
Y en Ceuta un primo carnal.

Su tío Gil está en Sevilla
Empleado en pregonar,
Y dicen que fué su padre
Verdugo de Madrigal.

—Pero muger ó demonio,
Dijo escuchándola Blás,
No me hables mas de casaca,
Que estoy bien con mi dorman.

Yo quiero.—Pues yo no quiero,
Que habré luego de remar.
—Mi amigo si yo me enganchó
No es para estarme demas.

—Luego tu genio de sierpe....
—Come paciencias, truan,
—Yo no soy para casado,
—Bien desaminao estás.

—No puedo.—Hacer un poder
—No tengo un cuarto.—A robar.
—¿Y si nos vemos en cueros?
—Seremos Eva y Adán.

—¿Y si no hay para el casero?
—Buen remedio, no pagar.
—¿Y si nos echa del cuarto?
—Dormimos en un portal.

—Y si hay un chico?—A la inclusa.
—¿Y si hay otro?—Al espital.
—¿Y el otro?—A S. Bernardino.
—¿Y otro?—Al espicio á mondar.

—¿Dónde va el otro?—A la cárcel.
—¿Y el que le siga.—Al canal.
—¿Y si hay mas?—A los infiernos,
Que á tierra caliente van.

Tomó pipa el jaque endino,
Salió la moza detrás
Empuñando una navaja
Que mas parece puñal:

Y «toma, dijo, arrastrao»
Dándole un tajo al marchar,
Que si no marra el envite
Le destronca el pasapan.

Y lanzándose á la sierpe,
Trinando de furia Blás,
La diñó, de los que suenan,
Cuarenta sin pregonar.

Y mas diera, á no acudir
La importuna autoridad
Que los mandó por entonces
A la trena á descansar.

Hasta que llegando el turno
Con indecible ansiedad
Cada cual del Saladero
Salió con paso triunfal,

Yendo á la cuarta galera
La desventurada ja
Y su pijorro gaché
Al cuarto correccional.

ADVERTENCIA.

Continúa abierta la nueva suscripción á los seis tomos anteriores del Semanario á 30 reales cada uno en Madrid, y 36 en las provincias franco de porte, recibiendo uno al mes. Se han repartido los tomos de 1841 y 1840, y en fin de este mes se repartirá el de 1839.—Librerías de Jordan, Cuesta, Paz y Europea.